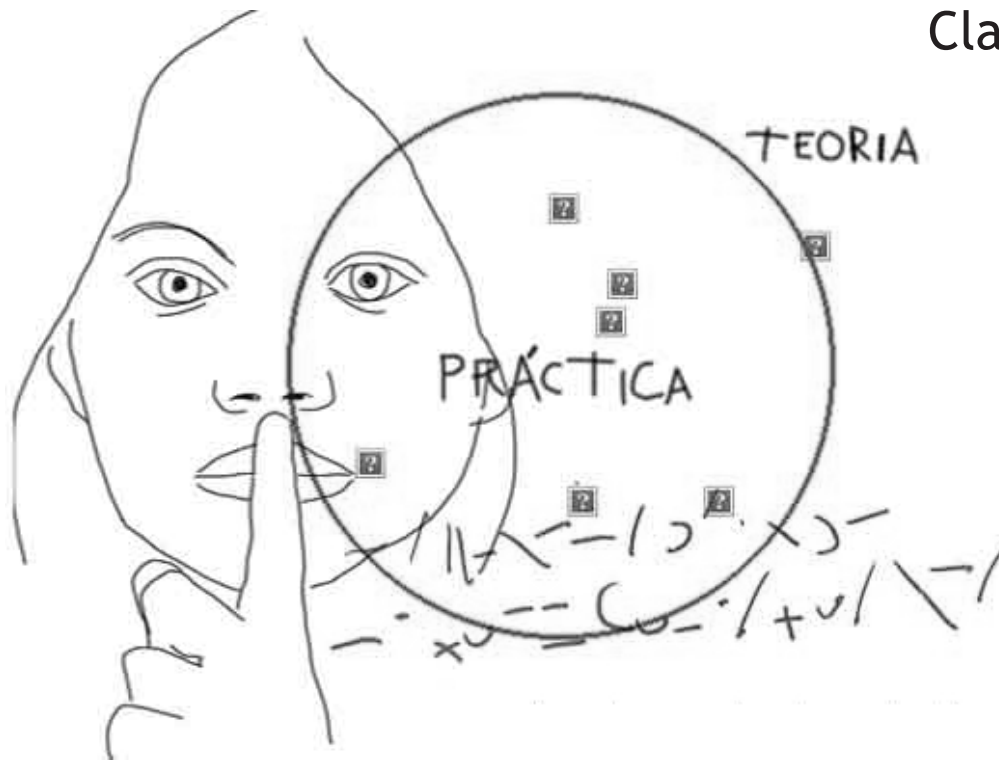


PROBLEMAS TEÓRICOS DEL SOCIALISMO

Claudio Katz*



73

INTRODUCCIÓN

Existe una fecunda historia de investigaciones sobre los problemas teóricos de la transición al socialismo. Pero esta tradición comenzó a perder influencia a partir del colapso del «socialismo real» y su incidencia actual es muy limitada en los debates sobre modelos alternativos al capitalismo.

Este olvido induce a empezar desde cero una elaboración que ya tiene sólidos cimientos. Ignorar estos antecedentes conduce a presentar ciertas iniciativas —ya concebidas, practicadas o desechadas— como novedosos descubrimientos. El análisis de un período previo o ensamblado con el debut del socialismo es el trasfondo común de esa herencia teórica. Todas las polémicas del pasado tuvieron presente de manera explícita o implícita los problemas de una transición, especialmente en los análisis de dos temas claves para una economía planificada: el cálculo y el incentivo.

LA SIMULACIÓN DE LANGE.

La controversia sobre el cálculo fue iniciada por el liberal Ludwig Von Mises apenas surgió la Unión Soviética. Tomando al «comunismo de guerra» como referencia empírica, ese teórico neoclásico objetó la capacidad de la planificación para realizar estimaciones de los precios y sustituir la eficiencia del mercado. Partiendo de este cuestionamiento lanzó un ataque generalizado contra todos los aspectos de la gestión planificada, advirtiendo que implicaba la eliminación de la moneda y la destrucción del cálculo racional. Por eso afirmó que el socialismo conducía a la «barbarización de la sociedad».

Pero esta polémica arrastró un problema de origen, al cuestionar la factibilidad del cálculo en una economía planificada partiendo de la experiencia observada en el corto episodio del «comunismo de guerra». Esta referencia fue

*El siguiente artículo es un resumen del capítulo 4 del libro: El porvenir del socialismo. Ed. Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004. Se ha omitido en esta síntesis las discusiones sobre la teoría económica del post-capitalismo, los bonos de trabajo y la innovación, que están incluidos en el texto original. El autor es Economista, Investigador, Profesor. Miembro del EDI (Economistas de Izquierda). Su pagina web es: www.lahaine.org/katz



aceptada por la mayoría de los participantes de la polémica, sin notar que ese período no fue representativo de la gestión planificada. Adoptar esa etapa como eje analítico constituía una distorsión equivalente a discutir la lógica general del capitalismo, observando el funcionamiento peculiar de la «economía de guerra» de 1914-18.

La aceptación de este marco se explica por el impacto que produjo el contexto germano y soviético de esa época sobre el pensamiento económico. El debate sobre el funcionamiento del mercado y del plan se encontraba muy influido por estas excepcionales coyunturas. Una dificultad de muchas respuestas marxistas al convalidar este cuadro analítico fue olvidar que el «comunismo de guerra» constituyó tan solo una respuesta coyuntural frente a la situación extrema que siguió al triunfo de los bolcheviques.

74 Pero el debate tomó impulso en términos más abstractos como una contraposición entre modelos ideales del mercado y del plan. Lange formuló la refutación más conocida a las objeciones neoclásicas, demostrando que un planificador puede actuar con idéntica eficiencia que el mercado en la determinación de los precios. Para ello debe imitar el vaivén de la oferta y la demanda, recurriendo a un procedimiento matemático de tanteo, que simule la convergencia entre ambas fuerzas en la cotización de cada bien. Mediante esta simulación los planificadores podrían resolver todas las ecuaciones requeridas para cada estimación, a través de la simple copia de la acción mercantil.

Hayek –el principal seguidor de V.Mises– contraatacó señalando que este procedimiento era inviable por el elevado número de ecuaciones necesario para realizar ese tipo de cálculos. Pero Lange, a su vez, respondió elaborando un modelo iterativo de «precios sombra», que reproduce las reacciones del subastador walrasiano en la determinación de esas magnitudes. Este enfoque tuvo un efecto demoledor sobre los planteos ortodoxos porque se sostenía en la misma lógica del pensamiento neoclásico. Situaba al planificador en un rol sustituto del mercado e imaginaba su acción como una mera reproducción de la dinámica mercantil. Si ese comportamiento no permitía la determinación eficiente inicial del nivel de los precios, tampoco la libre acción de la oferta y la demanda podría lograr ese objetivo.

Hayek destacó, entonces, la incapacidad del plan para procesar la información con la misma velocidad que el mercado y cuestionó también la rigidez de ese mecanismo para afrontar situaciones variadas o imprevistas. Señaló que ningún organismo puede administrar la voluminosa cantidad de señales que naturalmente absorben la oferta y la demanda.

Pero a esta objeción respondía el modelo del «tatonement simulado» que propuso Lange y que justamente subrayaba la ausencia de inconvenientes para reproducir la acción mercantil. Las únicas limitaciones para concretar esa copia eran de naturaleza técnica, es decir derivadas de la ausencia de instrumentos capacitados para procesar la información. Lange argumentaba que si el mercado opera como una máquina de conversión de los datos en variables económicas, también los planificadores podrían cumplir esa labor. Remarcó la inexistencia de impedimentos teóricos para que desarrollaran esa función con la misma eficiencia que el mercado. Además, destacó que su propuesta mantenía las ventajas mercantiles de la asignación de los recursos, en función de los criterios de equilibrio y utilidad, sin cargar con los costos de la anarquía y la irracionalidad del capitalismo.

En los años 30 y 40 –bajo el impacto de la gran depresión y del contundente desprestigio del liberalismo– la defensa de la planificación que planteó Lange gozaba de gran popularidad también en la heterodoxia. Por ejemplo Schumpeter¹ defendía la factibilidad de un modelo de asignación planificada basado en la imitación del mercado y estimaba que una «burocracia socialista» no enfrentaría inconvenientes para ajustar adecuadamente las cantidades y los precios mediante sucesivos tanteos. Opinaba que este mecanismo contribuiría a eliminar la incertidumbre que caracteriza al capitalismo.

En este adverso clima Hayek desplazó la polémica sobre el cálculo hacia un debate sobre la motivación. Aceptó que la planificación era cuantitativamente viable, pero señaló que anulaba los incentivos para cualquier acción de los agentes económicos. Esta postura defensiva fue complementada con otro tipo de críticas exclusivamente políticas y centradas en el carácter «despótico» de cualquier régimen socialista («un camino hacia la servidumbre»). La escasa

influencia de sus argumentos económicos indujo a V.Mises y Hayek a cambiar el terreno de la controversia.

Al demostrar que la crítica ortodoxa contra la planificación no se sostiene en sus propios términos, Lange introdujo una rigurosa refutación interna de la tesis neoclásica. Demostró -que en ese marco teórico- la fijación de los precios resulta igualmente eficiente, si es guiada por los tanteos del planificador o si es orientada por la oferta y la demanda. Remarcó que no hay razones para objetar el primer mecanismo partiendo de un universo conceptual walrasiano. Con el argumento de la simulación iterativa, Lange desconcertó a sus adversarios y los refutó en su propio campo conceptual.

Pero el éxito de este razonamiento constituye al mismo tiempo su principal debilidad desde el punto de vista socialista, porque abre serios interrogantes sobre el sentido de la planificación. Si esta forma de gestión se torna eficiente cuándo opera con los mismos parámetros que el mercado: ¿Para qué copiar el modelo original?

Como ejercicio de simulación con fines polémicos, el modelo de Lange es indudablemente útil. Pero esta aplicación se reduce solo al nivel abstracto de la controversia. Fuera de ese ámbito el esquema constituye un planteo también crítico del proyecto comunista. Por eso cuándo Lange utilizó el modelo para justificar la propuesta de «socialismo de mercado» introdujo un fundamento equivocado para la gestión descentralizada. En vez de presentar estos mecanismos como simples alternativas de administración, convirtió la simulación mercantil en el procedimiento orientador de la planificación. No se dio cuenta que si este postulado resultara válido y el mercado constituyera una insoslayable instancia de cualquier gestión exitosa, sus adversarios neoclásicos tendrían razón en la crítica al programa socialista.

Al proponer la imitación mercantil Lange ignoró la contradicción que implica el uso de este procedimiento en una economía crecientemente socializada. No percibió que este mecanismo pierde sentido cuándo la abundancia diluye el rol de los precios como indicadores de la demanda o de la insatisfacción de las necesidades sociales. En el universo comunista resultaría completamente inútil el uso de un mercado ficticio comandado

por el plan para determinar los precios.

Pero Lange planteó este enfoque por razones que desbordan el marco inicial de la polémica y que provienen de su postura frente a las experiencias del «socialismo real» que conoció muy directamente y en las que participó activamente. A pesar de haber distinguido la dinámica del mercado y del capitalismo, aceptó desenvolver la controversia con los neoclásicos como una confrontación entre plan y mercado y no como una polémica entre capitalismo y socialismo. De esta forma propició discutir más las formas de gestión que la naturaleza de dos sistemas económico-sociales antagónicos. Su modelo de simulación mercantil se adaptó a esa distorsión del debate que impuso la ortodoxia.

Por otra parte Lange identificó la planificación compulsiva vigente en la URSS con una modalidad del socialismo. Ese nivel de estatización integral fue tomado como un escenario natural del plan central y no como una deformación de las formaciones burocráticas. El economista polaco captó los enormes desequilibrios de esos sistemas, pero no el ataúd que representaban para el proyecto socialista. Por eso buscó atemperar los conflictos de ese sistema importando mecanismos mercantiles al interior del plan, sin observar las nuevas contradicciones que introducía esta incorporación.

EL FUNDAMENTO EN LA LEY DEL VALOR.

Un fundamento de la simulación mercantil propuesta por Lange fue «la vigencia de la ley del valor bajo el socialismo». El economista polaco interpretó que esta regla constituye un «principio intermedio» presente tanto en el capitalismo como en el socialismo. Entendía que debido a esta extensión histórica correspondía interpretar que la formación de los precios en una economía planificada podía quedar sujeta a los criterios mercantiles.

Pero la ley del valor regula solo el desenvolvimiento capitalista, determinando el nivel de los precios (y la consiguiente valorización de las mercancías) en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de estos bienes. En ese sistema carente de planificación general, afectado por sistemáticas rupturas de



las relaciones entre la producción y el consumo y sometido a las crisis convulsivas que desata la desenfadada competencia por el beneficio, la ley define ciertas reglas de formación de los precios que permiten la reproducción de la acumulación. ¿Por qué razón debería perdurar esta modalidad en una economía ya sustraída del pleno reinado de la ganancia y la competencia?

En realidad, la ley del valor solo tiende a regir parcialmente durante la transición que precede al socialismo, pero ya no domina sobre el conjunto de la economía. Preobrazhensky² planteó correctamente esta interpretación al señalar que ese principio prevalece únicamente sobre el ámbito de las operaciones menos alcanzadas por la asignación directa de los recursos. Define la formación de los precios del sector privado, pero ejerce un impacto muy reducido sobre las ramas estatales e influye de manera intermedia en las áreas enlazadas de ambas esferas.

76 Lejos de constituir un fundamento invariable de los precios, este rol de la ley del valor tiende a decrecer a medida que la acción mercantil queda progresivamente disuelta por el avance de la planificación. Suponer, por el contrario, que la ley se eterniza contradice la perspectiva de una economía crecientemente socializada, en donde la abundancia diluye el rol de los precios en tanto indicadores de la demanda o de la insatisfacción de las necesidades sociales. Ese universo comunista implica una sociedad liberada de la coerción monetaria, que permita remunerar la labor de cada individuo en función de sus necesidades, es decir sin ninguna atadura a los criterios mercantiles.

La incompatibilidad de este objetivo igualitario con la perdurabilidad de la ley de valor no era reconocida por Lange, que omitió la función históricamente variable de este regulador, es decir, dominante bajo el capitalismo, vigente durante la transición y decreciente en el socialismo hasta su plena extinción en el comunismo.

El cuestionamiento a su enfoque fue ampliamente retomado por Guevara y otros partidarios del «Sistema Presupuestario de Financiamiento» durante el debate económico cubano de 1963-64. Esta corriente planteó que la ley del valor no operaba en el sector público y que el horizonte comunista implicaba la extinción de todo principio de intercambio mercantil.

Esta discusión abarcó muchos problemas, pero el grado de perdurabilidad de la ley del valor se convirtió en un tema de confrontación con los modelos de «socialismo de mercado». Estos esquemas eran postulados en esa época en la URSS y ya habían sido ensayados en Yugoslavia. Guevara identificaba a estos experimentos con la perspectiva de una restauración capitalista y como reacción frente a ese curso defendió la gestión centralizada. Pero desarrolló este enfoque desde una original perspectiva de socialismo antiburocrático.

LA RESPUESTA DE DOBB.

La respuesta que ensayó Lange frente al desafío neoclásico en el terreno del cálculo se basaba en una simulación mercantil apoyada en una interpretación de la ley del valor que Dobb³ no compartía. En vez de considerar las virtudes del mercado en el contexto del plan, el economista inglés cuestionó la eficacia mercantil para procesar adecuadamente la información. Recordó que el mercado es un mecanismo que actúa por tanteos y siempre de manera «ex post», es decir cuando los efectos nocivos de su dictamen ya afectan al conjunto de la economía.

En esta línea ofensiva de argumentación, Dobb remarcó las debilidades del mercado y planteó que ese instrumento de asignación de los recursos genera crecientes desequilibrios. Destacó que ese mecanismo opera siguiendo los estrechos horizontes de la empresa o del consumidor individual, sin poder orientar positivamente la inversión de largo plazo y sin lograr armonizar la producción con el consumo global. El economista inglés cuestionó la simulación de Lange, señalando que transfería a una economía socializada los problemas del capitalismo y señaló que por esa vía se neutralizaban las virtudes de la planificación para regular las inversiones.

Dobb defendía la planificación a ultranza y estimaba que esta forma de gestión no presentaba problemas significativos de cálculo. Pensaba que esos inconvenientes eran resolubles con el desarrollo de técnicas más sofisticadas de administración de los precios y cuestionaba el argumento de la información voluminosa, destacando que el cálculo económico gira principalmente en torno

a ciertas cotizaciones básicas. Y si bien reconocía ciertas limitaciones de la planificación para realizar esta asignación, subrayaba sus ventajas en comparación a la atomizada formación mercantil de los precios.

Dobb tampoco aceptaba la existencia de agudos obstáculos en el plano de la escasez, porque entendía que la acumulación sostenida bajo el mando del plan tendería a saturar la demanda. Sus respuestas fueron aprobadas por otros críticos marxistas del modelo de Lange, que destacaban la inoperancia de la simulación mercantil para guiar las inversiones, contabilizar los recursos y evitar los desajustes que caracterizan al capitalismo.

El principal aporte de Dobb fue su «crítica externa» al planteo neoclásico. Demostró la falsedad de los supuestos ortodoxos, porque asignan erróneamente al mercado una intrínseca superioridad de cálculo. El marxista británico refutó esta creencia, recordando todos los desequilibrios capitalistas que eran ignorados en la respuesta de Lange. Además, destacó la capacidad del plan para regular los precios, desmontando los mitos ortodoxos sobre la información cuantiosa.

Estos señalamientos permitieron sustraer la discusión del marco neoclásico que había convalidado Lange. Pero en perspectiva, conviene observar ambas respuestas como señalamientos complementarios. Esta es la evaluación que formulan algunos analistas al repasar el pensamiento maduro de los dos economistas. La crítica externa de Dobb e interna de Lange pueden integrarse como dos fundamentos de una respuesta marxista al cuestionamiento neoclásico.

Pero más allá de esta polémica y de su acertada refutación de las objeciones neoclásicas, el enfoque de Dobb evadía el análisis de muchos problemas del «socialismo real» que afloraron a partir de la discusión del cálculo. Su visión sobre la «planificación realmente existente en la URSS» era más encubridora de los defectos de la gestión burocrática que el esquema de Lange. Mientras que esta última concepción buscaba afrontar ciertos problemas, la ciega defensa de la planificación compulsiva ignoraba esas dificultades. Las controvertibles soluciones propuestas por el modelo descentralizado abordaban los múltiples inconvenientes ignorados por los partidarios de la centralización extrema.

Esta omisión se explica por la apasionada identificación que establecieron los promotores de la «economía de comando» con la planificación totalitaria. Por eso hablaron del socialismo como una realidad ya presente en la URSS, cuándo la economía de ese país se encontraba agobiada por las penurias, el desabastecimiento y un desenvolvimiento productivo muy inferior al promedio de las naciones capitalistas avanzadas. La negación de estos datos debilitaba la respuesta al cuestionamiento neoclásico, al asociar de hecho el comunismo con el subdesarrollo, la ineficiencia y los graves desequilibrios que se acumulaban en la Unión Soviética. En lugar de presentar a ese proyecto como una construcción lejana, convalidaba su identificación con la escasez y la gestión económica compulsiva.

Dobb no tomaba en cuenta los problemas de cálculo derivados de la usurpación burocrática del programa socialista. Estos defectos no eran males propios de la planificación como creían los liberales, sino distorsiones específicas de una gestión totalitaria. Reconocer este hecho era vital para colocar el debate sobre los precios en su justo término, es decir lejos de la mitología neoclásica pero también de la fanática ceguera de los defensores del «socialismo realmente existente».

LA OLEADA NEOLIBERAL.

La discusión sobre el cálculo tuvo un fuerte impacto en la Unión Soviética a partir de los años 60, porque coincidió con cierto reconocimiento de los efectos negativos de la gestión totalitaria. Esta aceptación dio lugar a numerosos proyectos de modificación de los mecanismos de precios. Pero aunque este debate perduró a lo largo de tres décadas, nunca logró traspasar el ámbito de la academia o de los cerrados círculos dirigentes del PCUS. La inviabilidad de los precios fijos y de su administración burocrática era analizada en voz baja por todos los funcionarios del sistema, pero la modificación de este sistema siempre enfrentó dos obstáculos de largo arrastre: la descontrolada extensión de la estatización estalinista y la persistencia de un agobiante régimen político despótico. La rigidez de los precios obedecía además a la inflexibilidad general de la estructura económica y la consiguiente imposibilidad



de afrontar los problemas que las autoridades observaban y que toda la población percibía cotidianamente.

Desde el comienzo de la «desestalinización» numerosos especialistas e intelectuales realizaron análisis recurrentes de la inmovilidad de los mecanismos de los precios. El debate se afianzó con el renacimiento del pensamiento económico en los años 60 y con la difusión de los problemas ocultados al gran público. Liberman propuso flexibilizar los precios para revertir el comportamiento conservador de las empresas, que en su obsesión por cumplir las metas cuantitativas del plan central acaparaban abastecimientos, empleaban trabajadores en exceso e inflaban los costos. Consideraba que una adaptación de los precios a ciertos vaivenes de la oferta y la demanda permitiría contrarrestar los crecientes síntomas de ineficiencia de la economía soviética. Nemchinov propuso esa misma corrección para evitar que las firmas continuaran elaborando planes por debajo de sus posibilidades. Destacó la necesidad de evaluar la eficiencia comparativa de las distintas ramas para adecuar la fijación de los precios a la eficacia de cada sector.

Pero estas discusiones impulsaron un notable desarrollo de las técnicas matemáticas de cálculo sin facilitar la corrección de las anomalías de los precios. Esta mejora no prosperó porque el debate eludía la raíz política de la gestión económica arbitraria que predominaba en la URSS. La renovación de las técnicas de cálculo no resolvía ese obstáculo⁴.

La ausencia de mecanismos deliberativos impedía revertir la manipulación de los precios en una estructura política muy fosilizada. El dilema era desenvolver la democracia y encontrar vías de corrección para adaptar esas variables a los costos y a las prioridades de la planificación o preservar la inoperancia totalitaria y empujar al país hacia restauración capitalista. Al cabo de varias décadas de fracasos reformistas esta segunda alternativa se impuso en todo el «bloque socialista».

Los debates sobre el cálculo reaparecieron en los 80 en un cuadro ya no de inmovilismo, sino de evidente crisis en la URSS. El contexto era completamente diferente al pasado porque -a diferencia de los años 30 o 70- no prevalecía una gran depresión capitalista en las naciones

avanzadas, sino más bien su relativa contención. En cambio bajo la ascendente presión del neoliberalismo comenzaba a notarse la acentuada disgregación del «socialismo real».

En este clima los teóricos de la derecha resucitaron los viejos textos de V.Mises y Hayek y resurgió la tesis ortodoxa, que postula la identificación de las leyes del mercado con el funcionamiento de cualquier economía. Proliferaron los autores que acusaban a la «antieconomía colectivista» de haber sofocado los patrones de utilidad y escasez, que requiere la «gestión racional del proceso productivo»⁵.

Esta caracterización que encubre las raíces capitalistas de las crisis contemporáneas reapareció con gran vigor y ganó mucho espacio. Los teóricos ortodoxos interpretaron el desplome del «socialismo real» como una confirmación de su tesis y por eso repitieron una y otra vez que la gestión planificada «autodestruye la economía».

Esta falsa interpretación del colapso de la URSS contaminó a todo el espectro académico y político. La oleada neoliberal no solo se impuso entre el establishment intelectual de Occidente, sino que influyó dramáticamente sobre los «socialistas de mercado». Los argumentos de capitalismo fanático que expresaron V.Mises y Hayek fueron incorporados por numerosos autores en su rehabilitación del mercado y de la capacidad de este mecanismo para gestionar la información⁶.

La furibunda crítica a la «ceguera de los planificadores» que aceptaron muchos autores terminó incluso socavando los cimientos de cualquier reflexión heterodoxa. También los keynesianos se colocaron a la defensiva frente a la oleada de extremismo privatista y al aceptar muchas fantasías neoliberales erosionaron sus propias trincheras frente al alud neoclásico.

Los mayores estragos de esta oleada reaccionaria se observaron en las filas del «socialismo de mercado». En el nuevo contexto de la restauración, muchos herederos de Lange aceptaron total (Kornai) o parcialmente (Brus) las tesis expuestas por Hayek sobre el cálculo. Por ejemplo Roemer⁷ -avalando esta última revisión- cuestiona actualmente la viabilidad del «modelo de simulación iterativa».

Quiénes contemporizaron con la avalancha neoliberal no registran la total falta de realismo de la visión neoclásica. En los regímenes restaurados de Rusia y Europa Oriental, los precios no se establecen equilibradamente en torno a un juego inocente de la oferta y la demanda, sino que emergen de una sofocante competencia entre monopolios empobrecedora de la mayoría popular.

LA OPCIÓN INFORMÁTICA Y EL CÁLCULO PARTICIPATIVO.

Al comienzo del siglo XXI el debate sobre el cálculo está asumiendo nuevas características. Algunos partidarios de la planificación integralmente centralizada interpretan que las dificultades padecidas en el pasado para procesar la información obedecieron al subdesarrollo de los sistemas informáticos y estiman que, en la actualidad, con el vertiginoso desarrollo de las nuevas tecnologías de la información esas insuficiencias podrían superarse con facilidad⁸.

Pero si bien es cierto que la revolución informática acrecienta cualitativamente el alcance del cálculo planificado no conviene ignorar que el colapso de la URSS se produjo justamente en el debut de este avance. Y este desarrollo de la computación en vez de reforzar la economía del «bloque socialista» contribuyó a su implosión. Este dato confirma que los problemas de la estimación planificada no se localizan en la esfera técnica, sino en la órbita política. Bajo una gestión totalitaria ninguna mejora de la calidad del cálculo resuelve los problemas creados por la manipulación de los precios. En la oscuridad de una economía que funciona en las sombras, estos índices no pueden estimarse ni modificarse adecuadamente.

Lo cierto es que un sistema no mercantil de fijación de los precios no podría desenvolverse eficazmente de manera abrupta, ni siquiera contando con los auxilios informáticos más avanzados. Solo al cabo de un período de experimentación conjunta del plan y el mercado, el primer mecanismo lograría operar con plenitud.

La necesidad de esta etapa intermedia es también ignorada por quiénes consideran que una «economía participativa» -fundada en el

interés colectivo- no encontraría obstáculos para recolectar y procesar adecuadamente la información⁹. Esta visión omite que un sistema de administración colectiva necesita no solo el sostenimiento mayoritario de la población, sino también la vigencia de ciertos patrones de bienestar. Y esta administración resulta impensable, mientras persistan las jornadas de trabajo extenuantes o la escasez de bienes esenciales. Lo que podría instrumentarse en el socialismo desarrollado no podría concretarse en lo inmediato, especialmente en los países periféricos.

Seguramente en las naciones avanzadas esta transformación asumiría un ritmo mucho más acelerado. Pero en ningún caso se puede instaurar repentinamente la administración «ex ante» de todos los precios. Este cambio requiere no solo transformar el régimen de propiedad y asegurar un alto grado de satisfacción de las necesidades materiales, sino que también un elevado nivel de maduración de la conciencia socialista.

Albert ha planteado acertados argumentos para ilustrar como podría procesarse la información en una «economía participativa». Destaca que el interés colectivo y el entusiasmo de la población permitirían superar muchos inconvenientes derivados de la complejidad de tareas en la economía contemporánea. Señala que habitualmente se desconoce la enorme inversión de tiempo que la población realiza en actividades adicionales a su jornada de trabajo para cumplir con las exigencias de la producción y el consumo corrientes. Al incorporar estos componentes en el proceso laboral se enriquecería además la sociabilidad y la vida comunitaria.

Pero estas acertadas observaciones no resuelven el problema de cómo llegar a ese estadio de administración popular eficiente. No basta con demostrar las ventajas de una forma de cálculo consensuado de las principales variables económicas. Hay que concebir también cómo se gestionarían los nuevos precios de forma transparente y eficaz. Y en este punto, no hay forma de evadir la necesidad de una transición al socialismo que combine el plan con el mercado. Este peldaño intermedio sería indispensable para alcanzar los objetivos que postula el pensamiento libertario.



EL MODELO FUTURO.

¿Qué lecciones se pueden extraer para el futuro del debate sobre el cálculo? ¿Cómo se estimarían los precios en una economía planificada de transición?

En ese período los precios ya no serían categorías puramente mercantiles, pero tampoco representarían solo indicadores técnicos del proceso productivo o de las necesidades sociales. Si la transición estará regulada por la coexistencia conflictiva del plan con el mercado los precios deben reflejar esta dualidad, expresando de manera simultánea la vigencia de una gestión coordinada «ex ante» por los planificadores y verificada «ex post» por el intercambio mercantil. ¿Cómo se combinan prácticamente ambos principios en la formación efectiva de los precios?

80 Varios economistas han coincidido en proponer mecanismos para viabilizar esta mixtura mediante la división de la estructura económica en dos sectores: uno regido por los precios regulados y otro por los precios libres. Laibman¹⁰ plantea que en el primer segmento las empresas solo deberían competir en calidad y servicios, mientras que en el segundo regiría la concurrencia de mercado. Devine¹¹ sostiene que en el sector regido por la determinación centralizada de las inversiones los precios deberían surgir de una «coordinación negociada» entre los principales actores del proceso económico. En el segmento no regulado prevalecerían, en cambio, los mecanismos de la oferta y la demanda. ¿Pero cómo se compatibilizaría esta división de tareas?

El mayor desafío en el ámbito planificado es evitar la arbitrariedad de los planificadores y el divorcio de los precios de las necesidades del crecimiento o del consumo. Aquí podría introducirse una valuación de los costos en unidades de trabajo, pero sujeta a las modificaciones generadas por el entrelazamiento con el sector mercantil.

Los precios regulados deberían involucrar a todos los productos y servicios estratégicos que operarían bajo la esfera de la propiedad pública. Pero esta determinación debería adecuarse a los cambios registrados durante la peregrinación de estos bienes por la franja mercantil. Las relaciones entre los precios regulados y libres dependería en última instancia de la madurez de la transición y

serían muy distintas en cada país, en función de la inserción internacional y el grado de desarrollo prevalecientes en cada nación.

De la experiencia observada en el ex «bloque socialista» surge esta necesidad de un doble cálculo de los precios en términos contables y de mercado. Lo más complejo es lograr una estimación de la primer variable que incluya todos los «costos sociales» directos e indirectos presentes en la producción de cada bien¹².

Si se distorsiona este último cómputo no hay forma de obtener un diagnóstico adecuado de la situación en que se encuentra la economía. Este análisis requiere el uso de comparaciones internacionales, pero al mismo tiempo esta evaluación exige que los precios actúen como índices efectivos de los costos de producción. La brecha entre los precios regulados y mercantiles locales con sus equivalentes internacionales sería un indicador de los desniveles de productividad que convendría observar con mayúscula atención¹³.

Pero lo central es tener presente que la mixtura de precios regulados y mercantiles responde a la realidad de una etapa de transición y contiene rasgos combinados de los distintos tipos de precios analizados por Marx (valor, precio de producción, de mercado, etc.), junto a nuevos índices propios del socialismo. No expresan plenamente ni a unos, ni a otros.

Para que un sistema de precios dual funcione efectivamente en el sector mercantil debe regir la oferta y la demanda y en la esfera regulada debe actuar genuinamente el plan. Ambos criterios fallaron en el «socialismo real». Observando cómo la vigencia de un sector mercantil quedó bloqueada en esos países por las medidas de estatización integral, habría que evitar en el futuro cualquier estatización anticipada. Los planificadores cuentan con dos instrumentos claves de regulación sobre el sector mercantil –los impuestos y el crédito– que permiten orientar el rumbo de esa franja sin ninguna manipulación de los precios¹⁴.

El éxito de un doble régimen de precios libres y planificados exige garantizar la vigencia de los principios que justifican la existencia de estos dos sectores. Si en lugar de precios determinados por el mercado y por el plan se recurre al funcionamiento

simulado de un sistema en el otro se llega al peor de los mundos, porque se pierden las ventajas que aportan ambas franjas para la transición. Este fue el principal defecto de los experimentos de «socialismo de mercado», que pretendieron orientar la dinámica del sector estatizado con criterios mercantiles.

Por otra parte, la vigencia de la democracia es indispensable para que puedan operar genuinamente los mecanismos de formación de los precios en el sector planificado. En esta esfera se pueden combinar las ventajas del modelo centralizado para definir las grandes inversiones para gestionar las ramas de bienes de capital con los aciertos del modelo descentralizado, para administración corriente de algunas empresas y para la orientación de las inversiones secundarias.

La conveniencia de uno u otro criterio depende de la situación concreta de cada país y de cada coyuntura en la transición. Pero la vigencia de la democracia es la condición ineludible para que cualquier opción seleccionada sea efectiva. Esta preeminencia resulta indispensable para que el sistema de precios pueda servir al cumplimiento de cuatro objetivos claves de la planificación.

En primer lugar, la presentación de distintas alternativas para que la mayoría de la población defina sus preferencias. Pero estas opciones solo pueden ser consideradas si contienen objetivos factibles estimados a partir de cálculos confiables. Por eso no se pueden fijar precios divorciados de los costos o de las necesidades sociales. Si para cierto período del plan se define, por ejemplo, la prioridad de maximizar el consumo per capita y se cuantifica el comportamiento de las principales variables que inciden sobre esa meta (ingreso, empleo, inversión, productividad) resulta posible definir varias alternativas de combinación de estos componentes para alcanzar el objetivo buscado. Estas opciones deberían ser puestas a consideración de toda la población. Pero los números presentados deben ser realistas y no invenciones de funcionarios, para que la sociedad elija la alternativa deseada¹⁵.

Desenvolver este tipo de escenarios es técnicamente factible, dados los avances ya logrados en la informatización y la experiencia

acumulada en el diseño de las proyecciones que realizan los grandes organismos públicos. Lo que cambiaría sería el sentido de los cálculos que periódicamente se elaboran en institutos, universidades y departamentos especializados. Pero la fiabilidad de estas estimaciones dependería de la consistencia de los precios considerados para el cálculo y esta solidez requeriría, a su vez, de la existencia de debates públicos y abiertos que solo pueden desenvolverse en el marco de una real democracia.

Este ámbito resulta indispensable –en segundo lugar– para que ciertas técnicas de la planificación desarrolladas bajo el «socialismo real» tengan la aplicación que no lograron en esos regímenes. El perfeccionamiento de estos procedimientos, tanto en el plano de la coherencia del plan (balances materiales, tablas de insumos-productos) como de su optimización (programación lineal), no pudo ser aprovechado en sistemas totalitarios que tendían a ocultar cualquier dato revelador de los privilegios de la alta burocracia. Un nuevo modelo de transición debería reconstruir las raíces de esta herencia intelectual y de sus elaboraciones del cálculo agregado y desagregado, de los test de coherencia y de los análisis de la variante óptima para la utilización de los recursos¹⁶.

En tercer lugar se requiere plena transparencia para que el sistema pueda operar con creciente visibilidad. Una democratización radical en el funcionamiento político de la sociedad resulta esencial para que la información circule abiertamente y rijan los mecanismos de control popular.

Finalmente, esta democratización también permitiría la elaboración y el perfeccionamiento de las nuevas técnicas de cálculo que han desarrollado las corporaciones internacionalizadas para la gestión corriente de la producción y el intercambio. Estas empresas operan internamente con cierta independencia del mercado, siguiendo criterios de eficiencia técnica que están relativamente divorciados del vaivén de la oferta y la demanda. Este modelo de funcionamiento podría constituir otro pilar de la planificación, pero su efectividad dependería de la capacidad de este sistema para eliminar (o por lo menos contrarrestar y atemperar progresivamente) la manipulación burocrática de los precios.



EL DEBATE SOBRE LOS INCENTIVOS.

Junto a la controversia del cálculo, el debate sobre los incentivos ha ocupado un lugar destacado en el análisis de la economía planificada. También aquí Hayek desató la discusión cuándo afirmó que la ausencia de estímulos anula la efectividad de cualquier cálculo en un régimen no capitalista. Con este cuestionamiento, el referente del neoliberalismo desplazó su inicial crítica neoclásica inspirada en Walras (la estimación de los precios sin mercado es imposible) hacia un planteo también ortodoxo, pero de corte austriaco (aunque el cálculo sea posible, la falta de incentivos asfixia la planificación).

La corriente austriaca desconfía de las potencialidades cuantificadoras del mercado, pero realza sus virtudes motivadoras. Siguiendo esta orientación, Hayek no objetó la incapacidad del plan para fijar los precios, sino su inutilidad para alentar la inversión empresaria.

Los seguidores de Lange mantuvieron frente a este nuevo desafío su línea de refutación inicial. Señalaron que el problema de la motivación es equivalente en una corporación capitalista y en una empresa sujeta al plan. En ambos casos existe la misma dificultad para alentar a los gerentes a cumplir su rol de maximizar los beneficios de los accionistas (en el primer caso) y los intereses de los ciudadanos (en el segundo). Recordaron que estos obstáculos a la gestión eficiente de los managers son frecuentemente reconocidos por los expertos en economía industrial y señalaron que este dato ilustra cómo el problema del incentivo afecta a diversos tipos de economías.

Estas observaciones contribuyeron a esclarecer los distintos aspectos que Hayek ignoraba, al omitir que los manejos abusivos de los directivos constituyen dificultades habituales de la gestión capitalista. Estas manipulaciones no son, por lo tanto, problemas exclusivos de las economías planificadas.

En este campo los «socialistas de mercado» plantearon una respuesta análoga a los «precios sombra» y destacaron la necesidad de encontrar formas óptimas de intermediación, para hacer frente a los inconvenientes de la motivación. Estos mecanismos de aliento deberían facilitar la gestión gerencial, tanto en las empresas guiadas

por el patrón mercantil como en las compañías orientadas por la dirección planificada. En ambos casos los administradores deberían ser inducidos a optimizar el manejo de las firmas -privadas o públicas- afectadas por la ausencia de estímulos eficaces.

Siguiendo esta sugerencia, algunos autores¹⁷ propusieron organizar el funcionamiento de las empresas públicas imitando el modelo bursátil. Promovieron distribuir las acciones entre toda la población y exigir a los gerentes un manejo de la compañía basado en la obtención de los elevados rendimientos que exigen los tenedores de cupones. Imaginaron que por esta vía, los managers quedarían sometidos al tipo de estímulos pecuniarios que rige bajo el capitalismo, pero con la ventaja de actuar a favor de la propiedad comunitaria.

Tal como ocurrió en el debate sobre el cálculo, la tesis de Hayek quedó situada a la defensiva hasta el colapso del «socialismo real». Cuándo ese desplome produjo el renacimiento del liberalismo, los neoclásicos resucitaron el cuestionamiento a cualquier administración motivada por el interés público frente al gerenciamiento basado en el estímulo pecuniario directo. Señalaron que el primer modelo se limita a simular sin éxito la dinámica del segundo, porque carece del fundamento lucrativo en que se apoya la acción del gerente capitalista¹⁸.

Esta visión no solo ganó terreno en el pensamiento económico convencional, sino que también impactó a varios partidarios del «socialismo de mercado». Por ejemplo Roemer¹⁹ actualmente considera que el «capitalismo resuelve mejor el problema del principal-agente», porque propicia la intermediación guiada por el incentivo material. El correlato de esta conclusión es sustituir el antiguo esquema de cálculos con «precios sombra» e incentivos limitados a los managers de las empresas públicas, por un modelo de «economía mixta» con precios y estímulos asociados a la acumulación privada.

Pero este repliegue de algunos seguidores de Lange no debilita la consistencia de su argumento original contra Hayek. Esa refutación interna aporta una respuesta válida al cuestionamiento neoclásico, ya que ilustra como el mismo obstáculo observado en una economía planificada

está presente cotidianamente bajo el capitalismo. Se basa en un razonamiento defensivo y debilita la consistencia del programa socialista al proponer la transferencia de los méritos del mercado al plan. Pero este defecto no anula el acierto de plantear que la ausencia de estímulos no es patrimonio exclusivo de una economía planificada.

El debate sobre el incentivo tuvo varias aristas, aunque frecuentemente se confundieron los distintos planos del problema. Existe una dimensión abstracta de la discusión sobre el carácter de los estímulos en un marco socialista avanzado, un nivel concreto de análisis en la transición (que incluye las fracasadas experiencias en el «socialismo real») y una esfera de replanteamiento futuro de la cuestión. Estas tres instancias nunca quedaron clarificadas en las polémicas que enfrentaron a los partidarios de Hayek y Lange. Pero otro debate más centrado en la factibilidad del incentivo no mercantil en un futuro socialista complementó esa primera controversia.

ESCASEZ, ABUNDANCIA Y NECESIDADES.

El trasfondo teórico de la tesis neoclásica es la defensa del principio de escasez como criterio rector del funcionamiento de cualquier economía. Los ortodoxos estiman que los deseos y las necesidades de los consumidores presentan siempre alcances ilimitados frente a los restringidos recursos existentes. Plantean que en estas condiciones, solo el estímulo pecuniario asegura la organización eficiente de la producción y la administración eficaz de la distribución.

En esta tesis se apoya en la defensa del incentivo monetario que presentó Nove²⁰. Afirmó que el proyecto comunista está formulado en términos de abundancia e ignora los dilemas reales de la escasez. En oposición a este desconocimiento postula que la motivación material es insoslayable para que los trabajadores y directivos maximicen sus esfuerzos productivos. Argumentó así a favor del carácter inevitable del incentivo capitalista.

Mandel²¹ polemizó contra esta concepción reconociendo que la motivación pecuniaria se origina en última instancia en la escasez. Pero destacó que esta restricción no es absoluta y no

obliga a un sometimiento eterno a las reglas de la asignación mercantil. Señaló que la disponibilidad y requerimiento de cada bien son siempre relativos y pueden mensurarse por el nivel de saturación de su consumo corriente. Cuando se alcanza este abastecimiento en gran escala, la provisión del producto supera estructuralmente a su potencial adquisición. Esta situación indica - en términos micro-económicos- que la elasticidad de la demanda en relación al ingreso tiende a cero o es negativa. En este caso -visible por ejemplo en el terreno de la alimentación básica en los países desarrollados- la restricción de la escasez desaparece.

Con este argumento Mandel refutó el concepto neoclásico de «necesidades ilimitadas» y destacó la existencia de niveles de satisfacción individual muy diferentes para el consumo de bienes básicos, secundarios o de lujo. Remarcó que a cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la escasez efectiva desaparece para el primer tipo de productos y por eso su consumo cesa de aumentar al incrementarse el ingreso. En este caso la asignación mercantil pierde sentido ya que la demanda no interactúa con la oferta y dada la abundancia efectiva de los bienes, su provisión gratuita resulta más efectiva que su compra-venta.

La eliminación de situaciones de escasez es factible en las economías avanzadas, lo que también permitiría prescindir allí del estímulo pecuniario. Cómo existe una jerarquía de las necesidades también el uso del aliento monetario sería relativo y tendería a decrecer drásticamente a partir de una reorganización socialista de la economía. Si los bienes abundantes son gratuitamente entregados, la asignación y el estímulo mercantiles quedarían restringidos a los sectores no esenciales afectados por la escasez.

Esta refutación de Mandel tiene el mérito de sustraer el análisis del incentivo del encuadre metafísico que auspician los pensadores neoclásicos. Demuestra que el problema de las necesidades no es antropológico, sino histórico-social y depende tanto del sistema económico vigente (capitalista o socialista), como del nivel productivo alcanzado por cada economía nacional. El economista belga planteó que el aliento mercantil requerido en cada situación no



está predeterminado por el «egoísmo humano», ni por la «tiranía de las necesidades», sino por el régimen social y las circunstancias históricas predominantes.

Al destacar que la abundancia o la escasez no son parámetros uniformes e invariables, sino magnitudes cambiantes, Mandel también propuso respuestas diferenciadas para cada situación, pero partiendo de una premisa clave: en la economía contemporánea ya es posible comenzar a reemplazar la motivación pecuniaria por incentivos cooperativos. El economista belga desarrolló interesantes propuestas sobre este tema, pero en su crítica a Nove recurrió a veces a una defensa de la planificación a ultranza, que contradecía su postulada aceptación del mercado en la transición. Esta posición fue posteriormente rectificada²².

Desde una acertada óptica socialista la aplicación de los incentivos debería orientarse por el principio de acrecentar progresivamente el igualitarismo. Habría que buscar los caminos para sustituir paulatinamente el estímulo capitalista por alientos morales, que induzcan a todos los individuos a trabajar en función del interés colectivo. Este cambio apuntaría al abandono progresivo del individualismo competitivo que rige las sociedades reguladas por la ganancia.

Esta meta es compartida por el modelo de Albert y Hahnel²³ que propone jerarquizar los reconocimientos sociales en desmedro de los estímulos materiales. Ambos autores sugieren, por ejemplo, introducir en el plano laboral formas de trabajo compartidas («job balanced») junto a cierta distribución más equitativa de las tareas deseables e indeseables entre todos los trabajadores. Con el mismo propósito igualitario promueven remunerar las distintas labores en proporción al esfuerzo realizado, para reemplazar la retribución basada en la eficiencia o la especialidad de cada trabajador²⁴.

Estos ejemplos ilustran como se podría facilitar la paulatina sustitución del estímulo pecuniario por el aliento colectivo, en un proyecto de emancipación. Pero esta transformación sería un proceso de largo plazo y supondría una mutación completa de las conductas individuales que impulsa y premia el capitalismo.

El gran equívoco neoclásico radica en desconocer que esa transformación es posible. Por eso proyectan hacia el futuro los comportamientos competitivos actuales, como si el modelo de «agente económico racional» – construido a partir de la experiencia capitalista – debiera reproducirse indefinidamente. En ese esquema no cabe la perspectiva de una sociedad estructurada en torno a reconocimientos sociales, que a su vez funcione con la motivación que genera la conciencia compartida en torno a objetivos comunes²⁵.

LOS INCENTIVOS EN LA TRANSICIÓN.

La reivindicación de los ideales comunitarios del marxismo frente al darwinismo social que postulan los neoclásicos constituye un aspecto central de la controversia sobre los incentivos. Pero otra dimensión igualmente importante es el esclarecimiento de los senderos para alcanzar esos propósitos. Estas vías suponen la vigencia de distintas etapas de tránsito hacia el comunismo, que a su vez exigirían la vigencia combinada de incentivos materiales y morales.

Omitiendo estos pasos la defensa del estímulo social frente al pecuniario se reduce a un contraste de modelos abstractos. Por eso junto a la explicación del carácter más deseable el primer tipo de incentivos hay que clarificar cómo podría lograrse su progresiva extensión. Y este debate obliga a analizar con más atención el proceso de construcción del «hombre nuevo» que emergería bajo el socialismo, a través de un largo proceso de mutación de la conciencia popular.

Esta transformación supone la creciente afirmación de un patrón de abundancia relativa, primero de los bienes básicos y luego en los productos más prescindibles. Cómo esta plétora de bienes aparecería paulatinamente, también el reemplazo de los estímulos materiales por los incentivos morales sería un proceso evolutivo y durante un extenso período prevalecería una combinación de alientos a ambos tipos. Esta mixtura debería abarcar a todas las esferas pero sería especialmente importante en el campo laboral, puesto que allí se define el curso de la productividad y la consiguiente posibilidad de generalizar los estímulos morales, a partir de un

gran salto en el desarrollo esa variable. Pero este giro dependería no solo de mejoras palpables en el bienestar colectivo, sino también de un significativo desarrollo de la conciencia socialista.

Este proceso es factible porque carecen de consistencia los argumentos antropológicos que plantean los autores neoclásicos, para postular la eternidad de los incentivos materiales («el individuo es hijo del rigor», «la sociedad progresa si prevalece la ambición por el dinero»). Sin embargo sería también ingenuo suponer que una vez derrocado el capitalismo podría consumarse la supresión inmediata de los estímulos materiales, especialmente en las economías subdesarrolladas.

Una visión materialista debe seguir en este terreno la indicación que planteó Marx, al asociar la remuneración del trabajo con lo que producirían o necesitarían los trabajadores, en dos fases distintas de la sociedad futura (primero el socialismo y luego el comunismo). Si el teórico alemán advirtió que el derecho burgués continuaría rigiendo inicialmente en la esfera distributiva, es porque asociaba cada etapa de maduración del socialismo con el nivel de la abundancia alcanzado. Este razonamiento indica que la gravitación de los estímulos morales en comparación a los materiales y de los incentivos colectivos en relación a los individuales dependerá de ese parámetro. Solo una reducción radical de la escasez quitaría atractivo a la puja por mejorar exclusivamente el ingreso personal.

La transición constituiría, por lo tanto, un período de equilibrio entre dos formas de incentivo cuya proporción no puede determinarse con antelación. Lo que si puede anticiparse es que el estímulo material será menos gravitante en las economías avanzadas que pueden prescindir de saltos inmediatos en la productividad y que ya reúnen las condiciones para una drástica reducción de la jornada de trabajo.

Pero también la conciencia política socialista sería determinante del tipo de incentivos prevalecientes, porque el grado de solidaridad social vigente definiría distintas modalidades de anticipación del comunismo. La combinación de incentivos adecuados al desarrollo productivo está directamente asociada con el nivel de disponibilidad cooperativa que evidencie la

mayoría de la población. Por eso el ritmo de la prefiguración comunista dependería del consenso logrado en torno a erigir una sociedad igualitaria.

Para alcanzar esos objetivos es tan nocivo la aplicación de políticas voluntaristas de «movilización colectiva permanente» (como por ejemplo el «gran salto adelante» del maoísmo), como el perverso estímulo de beneficios excluyentes para los directores de empresa, que precedió al desplome del «socialismo real». Partiendo del criterio anticapitalista de privilegiar las necesidades sociales sobre la lógica del beneficio, la transición requeriría armonizar incentivos cooperativos y estímulos pecuniarios. Para avanzar hacia el socialismo habría que conjugar el progreso simultáneo de la producción y la equidad.

Este equilibrio preocupaba a Trotsky²⁶ cuándo en oposición a la colectivización forzosa postulaba la aplicación de una norma salarial adaptada a la realidad de la URSS. Proponía incentivos materiales –radicalmente distintos al sistema de coerción stajanovista- y estímulos morales asociados al ejemplo personal, pero muy diferenciados del modelo compulsivo de las «brigadas de choque» laboral. Su visión apuntaba a preservar el espíritu socialista del trabajo colectivo sin someter a la fuerza laboral a exigencias faraónicas y pregonaba también facilitar con ciertos incentivos salariales el avance de la productividad.

Este equilibrio entre la motivación y la eficiencia nunca pudo ser alcanzado de manera perdurable en el «socialismo real». Las dos recetas que cíclicamente utilizó la burocracia gobernante fracasaron. Ni la movilización política centralizada para lograr un récord de producción, ni el estímulo particular con bonificaciones se tradujeron en los resultados buscados. La gestión burocrática corroía por igual a ambas alternativas.

La ausencia de genuina democracia volvería a frustrar en el futuro el uso socialista de la movilización colectiva y del incentivo personal. Ambas instancias son indispensables, pero requieren el concurso de la mayoría de la población y una aplicación que evite las bruscas oscilaciones de un esquema a otro que predominó en el «socialismo real».



Al aluz de este balance conviene revisar el debate cubano de los años 60 sobre los estímulos laborales. Esta discusión estuvo inicialmente impregnada por la euforia que produjo el triunfo de la primera revolución socialista de Latinoamérica y por el desarrollo de un promisorio modelo alternativo al sistema burocrático-paternalista vigente en la URSS. Guevara²⁷ encarnó ambos rasgos y planteó una contundente reivindicación de los incentivos morales, la educación colectiva y los deberes sociales, en oposición a los estímulos materiales que promovían los «socialistas de mercado». Su valoración del trabajo voluntario constituía una nítida manifestación del resurgimiento del espíritu revolucionario frente al conservatismo predominante en el «campo socialista». Con este planteo el «Che» aportó una contribución clave al proyecto de construir un «hombre nuevo» a través de la cooperación y la solidaridad.

86 Pero hay que situar su propuesta en el contexto político del momento para evitar una defensa unilateral del estímulo moral, como un principio abstractamente válido e invariablemente opuesto en cualquier circunstancia al incentivo material. El propio Guevara era consciente de la función específica de su propuesta, que estaba destinada a reforzar la cohesión social y la conciencia política de la población cubana en pleno auge de la revolución. La reivindicación del estímulo moral era conveniente y oportuna en esa época y en ese país, pero no implicaba un rechazo de principios del estímulo material. Este tipo de aliento resultaría insoslayable en los procesos de transición socialista que podrían encararse en el futuro en las economías subdesarrolladas²⁸.

Notas

1. Schumpeter, Joseph. Capitalismo, socialismo y democracia, Folio, Barcelona. 1984 (cap 16).

2. Preobrazhenski, Eugen. La nueva economía, Ed. Ariel, Barcelona, 1970.(cap 3). Rosdolsky retomó esta tesis en su polémica con Lange Rosdolsky, Román. Génesis y estructura de El Capital.(cap 34) Siglo XXI, México.

3. Dobb Maurice. «Los economistas y la teoría económica del socialismo». El cálculo económico en una economía socialista, Ariel, Barcelona, 1970.

4. Mandel advirtió tempranamente contra estas limitaciones. Mandel Ernest. *Traité d'économie marxiste* (cap 18), Unión Generale D'Éditions, Paris, 1969.

5. Un ejemplo fue: Pellicani, Luciano. «La antieconomía colectivista», en *Socialismo del futuro*, vol 1, n 2, Madrid, 1990.

6. Un caso de este tipo fue: Nove, Alec. *La economía del socialismo factible*. Siglo XXI, 1987, Madrid. (Primera Parte)

7. Roemer John. *Un futuro para el socialismo*, Crítica, Barcelona, 1995.(cap 4)

8. Cotterell Allin, Cockshott Paul. «The relation between economic and political instances in the communist mode of production». «Building Socialism theoretically: alternatives to capitalism and the invisible hand». *Special Issue, Science and Society*, vol 66, n 1, spring 2002. Cockshott Paul, Cottrell Allin. «Value, markets and socialism. *Science and Society*, vol 61, n 3, fall 1997.

9. Albert Michel. *Thinking forward*, Arbeiter Ring, Winnipeg, 2002. (cap 10).

10. Laibman David. «Contours of the maturing socialist economy». *Historical Materialism*, n 9, winter 2001, London

11. Devine Pat. «Socialism as social transformation», in Michele Cangiani ed. *The Milano Papers: essays in societal alternatives*, Montreal, 2002. Black Rose Books.

12. Lange introdujo numerosas nociones de la microeconomía para perfeccionar esta estimación. Lange, Oskar. *Problemas de economía política del socialismo*, FCE, México, 1965. (cap 2)

13. Ver: Campbell Al. «Democratic planned socialism». «Building Socialism theoretically: alternatives to capitalism and the invisible hand». *Special Issue, Science and Society*, vol 66, n 1, spring 2002.

14. Trotsky insistió en la necesidad de mantener una amplia franja de precios libres en oposición a la colectivización total. Subrayó que en ese sector «los precios debía reflejar la realidad económica» de la misma manera que la moneda estable debía expresar los niveles de productividad del trabajo. La certeza de estas advertencias fue reconocida posteriormente por todos los reformadores del sistema de precios que rigió en la URSS. Trotsky, León. *La revolución traicionada*, Ediciones del sol, México, 1969.(cap 4)

15. Brus desarrolló un modelo de ese tipo. Brus Wlodzimierz. *Economía y política en el socialismo*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.(cap 5).

16. Bettelheim y Lange trabajaron intensamente en estos campos. Bettelheim Charles. *Planificación y crecimiento acelerado*, FCE, México, 1965. (Prólogo). Lange Oskar. «El papel de la ciencia en la sociedad socialista». *La economía en las sociedades modernas*, Grijalbo, México, 1966.

17. Roemer, John. ¿"Puede haber socialismo después del comunismo?"» Revista Buenos Aires, diciembre 1995, Buenos Aires.

18. Wonell retoma este planteo. **Wonnell Christopher**. «Roemer and market socialism». Review of social economy, vol LVI, n 1, spring 1998.

19, Roemer John. Un futuro para el socialismo, Crítica, Barcelona, 1995.(cap 4 y 5)

20. Nove, Alec. La economía del socialismo factible. Siglo XXI, 198, Madrid. (Primera Parte)

21. Mandel, Ernest. «The myth of market socialism» New Left Review, n 169, may 1988, London. Mandel, Ernest. «In defense of socialist planning» New Left Review, n 159, september 1986, London.

22. Samary destaca ese error en la polémica con Nove. Mandel planteó un programa de colectivismo acabado y no un modelo transitorio. En los hechos proponía erigir una economía estructurada en torno al valor de uso, sin moneda, ni precios, es decir alejada de la propuesta de plan, mercado y democracia sugerida por Trotsky. Pero Samary también señala que esta unilateralidad fue corregida en una reivindicación posterior de este último proyecto. **Samary, Catherine**. «Mandel's view of transition to socialism». Ernest Mandel Seminar. July 4-6-1996. IIRE, Amsterdam.

23. Albert Michel, Hahnel Robin «Socialism as it was always meant to be». Review of Radical Political Economics, vol 24, n 3-4, 1992. Albert Michel. Thinking forward, Arbeiter Ring, Winnipeg, 2002. (cap 10).

24. Estas iniciativas fueron muy discutidas en la década del 70 por algunos marxistas del Este, que promovían superar los efectos nocivos de la división del trabajo a través de la rotación de tareas y la eliminación de los privilegios jerárquicos en los centros industriales. Mandel Ernest. «La solución de recambio de R.Bahro». Critica al Eurcomunismo, Fontamara, Madrid 1978

25. Ollman desarrolla esta crítica. Ollman Bertrell. «Market mystification in capitalist and market socialiste societies». Ollman Bertrell, Market socialism, Routledge, New York, 1997.

26. Trotsky, León. La revolución traicionada, Ediciones del sol, México, 1969. (cap 4)

27. Guevara Ernesto. «Sobre el sistema presupuestario». Escritos Económicos, Cuadernos de PYP, Córdoba, 1969.

28. Tablada Pérez brinda en cambio una interpretación muy sesgada hacia la crítica de todo estímulo material. Tablada Pérez Carlos. El pensamiento económica de Ernesto Che Guevara, La Habana 1987

